

Meditación
ante el
Santísimo Cristo de la Caridad

Enrique Esquivias de la Cruz

**Hermandad de Santa Marta
Parroquia de San Andrés
Sevilla, 6 de abril de 2019**

La Muerte

Muerte, qué palabra más tremenda. La Humanidad lleva toda la historia luchando contra ella, revelándose, tratando de explicarla o por lo menos de justificarla, sin ningún éxito. Contra la Muerte se han estrellado teorías filosóficas, políticas, corrientes de pensamiento de todas las épocas. Ninguna la explica, ninguna la comprende, pero sobre todo nadie la vence...

Siempre me ha llamado la atención la actitud que tomamos la mayoría de los hombres frente a la Muerte. Como no podemos evitarla, nos hemos acostumbrado a convivir con ella como si no fuera con nosotros, como si no nos afectara, quizás no sea más que un simple mecanismo de autodefensa. Hacemos planes sobre un futuro incierto y desconocido que nunca estará en nuestras manos, buscamos la felicidad a través de cosas materiales y fungibles, pensando que podremos agarrarnos siempre ellas, como salvavidas que nos garantizaran la permanencia. Pero si hay algo seguro, absolutamente seguro, es que a todos nos llegará la hora de marcharnos de este mundo sin equipaje, como dijo un poeta, o al menos, sin el equipaje material que hemos ido acumulando a lo largo de los años; si hay algo cierto es que esta vida terrena tiene un fin, aunque no queramos enterarnos y miremos siempre para otro lado, porque la Muerte física nos llega a todos y nada podemos hacer contra ella.

Un Hombre muerto

Pues bien, aquí estamos reunidos esta tarde, en torno a este Hombre muerto, rotundamente muerto. Miradlo bien, esta es la imagen de un muerto, de un hombre maltratado y torturado hasta la muerte. Nos hemos acostumbrado tanto a la iconografía de la Pasión, que ha terminado por volvernos insensibles al sufrimiento y al dolor. Pero fijaos bien en esta imagen, en las heridas de los clavos, la del costado, los regueros de sangre provocados por la corona y por los latigazos, los ojos sin vida, la boca entre abierta. “Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, pero este Hombre muerto hoy no tiene donde reclinar la cabeza” (Lc 9, 57-62).

Este Hombre hoy está tan muerto como lo estaremos algún día cualquiera de nosotros; tan muerto como esos ancianos que terminan sus vidas solos y abandonados, en una fría habitación de hospital, sin que nadie les rece ni siquiera un padrenuestro; tan muerto como los cadáveres que a diario aparecen en las playas de nuestro descanso y que se han convertido en simples estadísticas, en armas arrojadas entre unos y otros sobre cómo hay que resolver un problema al que nadie sabe ponerle solución; tan muerto como las mujeres degolladas y acuchilladas en sus propios hogares, delante de sus hijos, a manos de quienes más tendrían que quererlas y protegerlas; tan

muerto como los niños masacrados a diario en Siria, una de tantas guerras que parece que no tienen fin, o tiroteados por cuatro duros en las favelas de Río de Janeiro, eso es lo que vale sus vidas, o desnutridos en los campos de refugiados de África; tan muerto como esos otros niños, a quienes ni siquiera podemos ponerles la cara ni el nombre, porque no les permiten el derecho más elemental de todos, el de nacer, en nombre de no sé qué otro derecho de sus madres; tan muerto como tantas vidas truncadas de golpe en la carretera, otra estadística a la que nos hemos vuelto insensibles, o vencidas poco a poco por esa enfermedad tan cruel que nunca nos atrevemos a nombrar.

Este Hombre hoy está tan muerto como todos ellos. Es el niño famélico con la barriguita hinchada a merced de los buitres, es el cadáver cubierto por la sábana en el arcén o el que arroja la playa ante la indiferencia de casi todos. Esto no es ninguna representación teatral, este Hombre murió de verdad, murió porque “fue obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Filipenses 2,8); y lo hizo por todos nosotros, todos somos responsables de su muerte. Le hemos dado un aire festivo y alegre a esta celebración. Como nos dice el Papa Francisco en la “*Evangelii Gaudium*”, la hemos adaptado a nuestra propia forma de ser, pero una cosa es la expresión de la Piedad Popular inculturada en el pueblo a lo largo de los siglos, como obra del Espíritu Santo, y otra muy diferente la banalización y la superficialidad en que lo hemos convertido todo y que este cuerpo muerto y torturado no se merece. Hoy no estamos aquí para celebrar unas fiestas de primavera, ni para presentarnos a un concurso de altares, ni para hacer colas en unas iglesias que la mayoría apenas si pisa el resto del año, ni para montar espectáculos pseudofolclóricos, ni para recaudar dinero, ni para atraer turismo, ni para exportar el nombre de Sevilla a ninguna parte. Se supone que nos hemos reunido y lo seguiremos haciendo los próximos días, para conmemorar la Pasión y la Muerte de este Hombre.

Nuestro papel en Su muerte

Y cada uno de nosotros, ¿qué papel desempeñamos en esta historia? ¿tenemos algún protagonismo en Su muerte? ¿alguna responsabilidad? Si se nos pregunta, seguro a todos nos gustaría ser, cuando menos, uno los Santos Varones, que cargan con Su cuerpo y con el mayor cuidado ayudan a trasladarlo al sepulcro; o la Magdalena desconsolada que le sujeta la mano y le limpia la sangre, quizás la Santa, esa guapa mujer, que asiste al sepelio como testigo mudo y dolorido por la muerte del amigo y maestro; o incluso esa Madre que cierra la comitiva con gesto de dolor, pero sobre todo, de resignación, y que parece que nos está recordando el libro de Job: “El Señor me lo dio, El Señor me lo ha quitado. Bendito sea el nombre del Señor” (Job 1,21).

Pero no nos engañemos, es posible que no seamos ninguno de ellos, que nuestro papel no sea tan lucido, es posible que no merezcamos ir subidos en ese paso, acompañando Su traslado al sepulcro. Puede que nos parezcamos más a los otros discípulos, los que decían que lo querían mucho pero lo dejaron completamente solo y abandonado a las primeras de cambio y salieron corriendo en cuanto adivinaron que aquello les podía acarrear problemas. Eran Sus mejores amigos, los escogidos para dar testimonio de su obra, pero también los que no fueron capaces de mantener la vigilia de oración en el

Huerto y se quedaron dormidos, el que le negó hasta tres veces para terminar llorando amargamente o los que se escondieron mientras era llevado a la muerte.

¿Estamos realmente a su lado cuando surgen los problemas, cuando llegan las dificultades, cuando la vida se empina en una interminable cuesta arriba? Hoy día no es fácil vivir como Él nos mandó. Nos llamamos cristianos, pero qué pronto nos arrugamos y queremos pasar desapercibidos para no señalarnos ni que nos señalen.

El Mundo sigue teniéndole miedo a este Hombre y por eso quiere marginarlo, a él y a sus seguidores. Tiene miedo al Evangelio porque es una palabra incómoda, porque busca responder al odio con amor, al egoísmo con solidaridad, a la pereza con participación activa. Porque fue Él quien nos dijo que “amáramos a nuestros enemigos”. (Lc 6, 27-36) Qué frase más rotunda y qué difícil es de cumplir.

Mantener Sus ideas no es fácil. A menudo hay que hacerlo a contracorriente, enfrentándose al pensamiento único que nos quieren imponer. Es más sencillo, y sobre todo más práctico, ponerse de perfil y dejarse llevar por la mayoría de lo políticamente correcto, carente de cualquier trascendencia. Es el pensamiento que quiere desvincularnos por completo de Dios o cuando menos, reducirlo al terreno de lo estrictamente personal y privado de cada uno. Pero sabemos, o debemos saber, que la experiencia de Dios es común, que no tiene sentido nuestra fe si no la vivimos en comunidad y hacemos pública protesta de ella. Lo que vamos a hacer los próximos días en torno a este Hombre muerto, por encima de cualquier otra cosa, es dar un testimonio público y común de nuestra fe.

O puede ser, quizás, que nos parezcamos más a esos fariseos que decidieron quitarlo de en medio cuando vieron peligrar sus privilegios. Son los que le reprochaban curar en sábado, porque habían convertido la religión en un conjunto de formalismos vacíos de contenido, sobre los que sustentan su poder, olvidándose de que las normas deben salir del corazón de los hombres, de que de nada sirve lo que hagamos y lo que digamos si no lo traducimos en el amor a nuestros semejantes, hasta dar la vida por ellos, como hizo este Hombre por nosotros. San Ignacio de Antioquía dijo que es mejor ser cristiano sin decirlo que proclamarlo sin serlo. En qué grupo estamos. A lo mejor podemos montar un altar de cultos inmejorable y hacer una estación de penitencia perfecta, pero tenemos el corazón duro como el pedregal y no somos capaces de sentir la Compasión, la Misericordia y la Caridad con la que nombramos a este Hombre. Ese Amor de Dios que se proyecta sobre cada uno de nosotros y tenemos la obligación de transmitir a nuestros semejantes.

O a lo mejor somos como Pilatos, ese gobernador cobarde que se lavó las manos para mantener la paz política, pese a que no veía ningún delito en este Hombre. Mantener el *status* a cualquier precio antes que perder nuestro reconocimiento y nuestra posición social por seguir a un fracasado, un torturado, un ejecutado en la cruz. Seguir a un hombre que ya no está de moda. Eso nunca podrá interesar a quienes buscan el triunfo personal por

encima de cualquier otra cosa, sin importarles la suerte que corran los demás o cuántas cabezas tengan que pisar, a quienes solo anhelan el reconocimiento mundano, fatuo, superficial y con fecha de caducidad.

¿Cuál es nuestro papel en este crimen?

El Sembrador

Dentro de nueve días, como cada año por estas fechas, acompañareis a este Hombre en su traslado al sepulcro. Lo tendréis todo preparado, todo cuidado hasta el último detalle. Cruzaréis fugazmente las calles, como un suspiro que pasa en medio del bullicio de la tarde, y como cada año, acudirá mucha gente para ver pasar la cofradía.

Algunos se acercarán con curiosidad sana e incluso puede que al principio les guste lo que están viendo, pero entenderán muy poco. Se quedarán solo en los detalles y acabarán pensando que esta historia de sufrimiento, de sacrificio y de muerte no les interesa y tal como terminen de pasar los últimos penitentes, lo habrán olvidado todo y se irán a otra cosa. El paso de la cofradía no habrá calado nada en ellos porque son como el grano que cae en el borde del camino (Mt 4, 13-20).

Otro grupo también se interesará por lo que está viendo y querrán seguirlo incluso con entusiasmo durante algún tiempo. Es posible que en las semanas siguientes llamen algún día a la puerta de la Hermandad y quieran apuntarse a lo que sea, pero se cansarán muy pronto, no tienen la consistencia necesaria para seguir los pasos de este Hombre. Estos son el grano que cae en el pedregal porque carecen de voluntad donde arraigar sus buenas intenciones (Mt 4, 13-20).

Y otros verán pasar la cofradía con absoluta indiferencia, desde la atalaya de su propio confort personal y pronto ahogarán esta figura muerta y martirizada en los espinos de sus riquezas y sus preocupaciones mundanas, que los tienen completamente absortos, como para ocuparse de otros asuntos (Mt 4, 13-20).

Pero de entre toda esa muchedumbre que el próximo Lunes Santo salga a vuestro encuentro, habrá algunos, una minoría quizás, porque “muchos son los llamados y pocos los elegidos” (Mt. 22,14) que serán como “la semilla que cae en tierra fértil” (Mt 4, 13-20) porque reconocerán en este Hombre al Santo de Dios; porque sabrán discernir que ésta no es la imagen de un derrotado, porque sabrán que este Hombre ha venido para vencer a la Muerte, porque fue Él quien nos dijo que “derribáramos este templo y en tres días lo levantaría” (Jn 2, 13-25), que “quien comiera de este cuerpo y bebiera de esta sangre no moriría nunca” (Jn 6, 52-59). Habrá quien descubra que Él es el único que puede dar sentido pleno a nuestra vida, al Sufrimiento, a la Enfermedad, a la Soledad, a la Pobreza, porque este Hombre vino para superar a la Muerte, (*Mors mortem superavit*) porque este Hombre es el único que nos habla de vida eterna, la que nunca nos procurará este mundo con todos sus avances técnicos, científicos o sociales.

Vencedor de la Muerte

Esta es la historia del triunfo de un Hombre sobre la Muerte y el Pecado. (*In Manu Ejus Potestas et Imperium*) En Sus Manos el Poder y la Gloria. Por eso estamos aquí reunidos. “Por qué buscáis entre los muertos al que vive” (Lc 24,5). Por eso tiene sentido todo lo que estamos haciendo hoy y lo que haremos los próximos días. No hemos venido a celebrar una pasión y una muerte por sí mismas, hoy nos reunimos para celebrar que este Hombre tiene palabra de vida eterna. Hoy nos reunimos para recordar las palabras de San Pablo a los Corintios “Si este Hombre no hubiera resucitado vana sería nuestra Fe” (1ª Corintios 15,14).

Seguir sus pasos

Pero la tarea no es fácil ni gratuita, exige de nuestra parte. Hay que seguir Sus pasos, no existen atajos ni caminos paralelos para evitar los baches. Todos sabemos y más aún a medida que pasan los años, que esta vida no es un camino de rosas, que tiene baches y algunos muy profundos. “El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga” (Mt 16, 24-28). Y esa cruz, a veces, pesa demasiado y nadie la va a cargar por nosotros. Cada uno tiene la suya. Así como a Él nadie le apartó el cáliz más amargo en Getsemaní, tampoco nosotros podemos esperar que nos aparten el nuestro. Y qué amargo es beber de ese cáliz.

Pero no temáis, porque el premio será grande, porque quien confíe en este Hombre resucitado tendrá la mayor de las recompensas “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es ligera” (Mt 11,28).

Un año más

Hermanos de Santa Marta, después de todo un año, aquí estamos de nuevo en la presencia del Santísimo Cristo de la Caridad, expuesto en absoluta desnudez, despojado de todo para que nada nos pueda distraer, sin la lejanía del altar, sin la compañía del resto de las imágenes que lo amparan y lo protegen, a solas con cada uno de nosotros, para que le rindamos cuentas de todo lo que hemos hecho y lo que hemos dejado de hacer durante este año. Es la hora de ponernos frente a frente y hacer examen de conciencia sobre nuestra conducta. Es la hora de preguntarnos si estamos en condiciones de hacer una auténtica estación de penitencia, como reflejo y culmen de un año cargando con nuestra cruz y siguiendo Sus pasos. Es la hora de saber si el beso que queremos darle en el pie es un beso de hipocresía, de indiferencia o de amor. Si hemos venido por inercia, por seguir una costumbre, porque no teníamos otra cosa que hacer o porque queremos realmente compartir Su dolor y su agonía.

Pero esa reflexión ha de hacerse tanto a nivel individual como colectivo. La interiorización personal de cada uno tiene que ir acompañada y completada por una reflexión común a nivel corporativo. La Hermandad entera, como una sola, debe preguntarse si durante el año que está a punto de terminar, y digo bien porque hablo en nombre de quienes contamos los años por Domingos de Ramos, ha servido como auténtica escuela de vida evangélica para sus hermanos. Si hemos cumplido realmente con los fines que pomposamente marcan las reglas de todas nuestras hermandades. Culto, Caridad y Formación.

Un Culto real, como expresión externa de una adoración y una oración internas. No basta con montar un altar maravilloso, tener un magnífico cuerpo de acólitos o mandar las mejores convocatorias si no somos conscientes de que toda esa instrucción de los sentidos en la belleza sólo puede tener un destino final en la adoración a Jesús Sacramentado o a través de sus imágenes sagradas. Debe ser una Caridad sincera, como expresión del amor de Dios; el ejercicio de una acción social que no se traduzca en verdadero amor a nuestros semejantes es una Caridad baldía, y necesitamos una Formación robusta, fuerte, consistente, que nos permita visibilizarnos y dar respuestas cristianas a los problemas de este mundo laicista que quiere arrinconar a Dios, en el que nos ha tocado vivir.

Oración

Santísimo Cristo de la Caridad, a tus plantas de reo de muerte venimos hoy a postrarnos como cada año, para anunciar en tu presencia que creemos en tí porque Tú eres el principio y el fin, el alfa y la omega, porque sólo Tú tienes palabra de vida eterna. Ante tu cuerpo inerte, torturado y descarnado proclamamos que queremos vivir como Tú y morir como Tú, porque sólo a través de Tu Muerte alcanzaremos la plenitud de la Vida. Que queremos cargar con la cruz y seguir tus pasos, porque sólo a través de esa cruz obtendremos la remisión de nuestros pecados y seremos verdaderamente libres. Hoy tu Hermandad entera de Santa Marta se arrodilla ante tí para ofrecerte los frutos del trabajo de todo un año siguiendo el camino que Tú le vas marcando.

Y todo ello lo proclamamos teniendo por testigo a la que más te quiso, la que fue tabernáculo de tu ser y templo de la nueva alianza de Dios con los hombres, la que se llamó a sí misma Esclava del Señor sin entender lo que se le estaba pidiendo, la que aceptaba los misterios en silencio, guardándolos dentro de su corazón, la que estuvo al pie de la Cruz (*Stabat Mater Dolorosa*) viendo morir a su hijo, sin que de su boca saliera una sola palabra de rebeldía hacia Su Señor, la Madre que cada Lunes Santo cierra con Su manto el cortejo de unos hijos que se echan a la calle para proclamar su Fe en el fruto de Sus entrañas. Nuestra Señora de las Penas, ruega por nosotros. Amén.